

CONVERSA
CIONES
CON...

Martin Scorsese, director cine. *El mundo interior de un católico*

Antonio Spadaro S.I. Director de *Civiltà Cattolica*. Roma

El hecho de que *Civiltà Cattolica*, además de hacer una extensa reseña a una discutida película de Martin Scorsese, publicase una extensa entrevista de su director con el director de la película¹, demuestra ya el sentido por el que va a transitar la nueva etapa de la tradicional revista en la época de Francisco: el diálogo con la cultura moderna que suscita problemas y preguntas auténticos a la Iglesia. A diferencia de otras veces Martin Scorsese no es condenado sino atentamente escuchado.

Tras una descripción sobre cómo se desarrolló la entrevista en su casa de Nueva York –“un día frío, pero luminoso. Eran las 13 horas. Me reciben en la cocina, como en familia...”– hablan de *Silencio* y de muchas más cosas. Sale con frecuencia en la conversación el papa Francisco, como cuando, al decir Scorsese que le entusiasma Dostoievsky, Spadaro le dice que también al papa y que su obra preferida es *Memorias del subsuelo*. Scorsese se estremece y exclama: «¡Pero si esa es también la mía! *Taxi driver* es mi *Memorias del subsuelo*!». De la extensa entrevista aquí hemos seleccionado algunas de las preguntas y respuestas.

¹ *Civiltà Cattolica*, nº 3996 de 24 de diciembre. Esta entrevista aparece también en el número 1 de la edición en castellano. Herder Argentina.

¿Cómo le vino a la mente el proyecto de «Silence»? Sé que es una pasión propia, que la tenía en la cabeza desde hacía algún tiempo... tal vez veinte o treinta años...

Me regalaron la novela de Shusaku Endo en 1988. Terminé de leerla en agosto de 1989 en el tren de alta velocidad de Tokio a Kioto, después de haber terminado de rodar la parte de Van Gogh en *Sueños*, de Akira Kurosawa. No sabría decir si en ese momento estaba o no efectivamente interesado en hacer de ella un filme. La historia era tan inquietante, me tocaba fibras tan profundas que no sabía ni siquiera si alguna vez habría podido hacer una tentativa de encararla. Pero, con el paso del tiempo, algo en mi interior comenzó a decir: «Tienes que intentarlo». Adquirimos los derechos hacia 1990-91. Cerca de un año después, junto con mi amigo y colaborador guionista Jay Cocks, procuramos hacer un guion. No obstante, se trató del comienzo de un proceso largo que iba a llevar al primer borrador concreto del guion, en diciembre de 2006: fue entonces cuando delineamos la estructura concreta para una película.

... Fue un proceso muy, muy largo –diecinueve años, para ser exacto–, con muchas paradas y reinicios. Mirando hacia atrás pienso que este largo proceso de gestación se ha convertido en un modo de *vivir con* la historia y de *vivir la vida –mi vida–* en torno a ella. En torno a las ideas que había en el libro. Y esas ideas me provocaron pensar más sobre la cuestión de la fe. Miro hacia atrás y veo que todo en mi memoria se reúne como en una suerte de peregrinación: así es como fue. Estoy asombrado de haber recibido la gracia de ser capaz de hacer la película ahora, en este punto de mi vida.

...

Si he entendido bien, para usted creer en Dios y ser católico son dos cosas distintas. ¿Qué quiere decir con esto?

A mí me interesa cómo las personas perciben a Dios, o, por decirlo así, cómo perciben el mundo de lo intangible. Hay muchos caminos, y pienso que el que se elige depende de la cultura de la que se forma parte. Mi camino ha sido y es el catolicismo. Después de muchos años en que pensé otras cosas, en que ensayé esto y aquello, me encuentro mejor como católico. Creo en los principios del catolicismo. No soy un doctor de la Iglesia, no soy un teólogo capaz de discutir sobre la Trinidad. Y ciertamente no me interesan las políticas de la Institución. Pero la idea de la resu-

rrECCIÓN, la idea de la encarnación, el poderoso mensaje de compasión y de amor... esa es la clave. Los sacramentos, si logras acercarte a ellos, a hacer *experiencia* de ellos, te ayudan a estar cerca de Dios.

Ahora me doy cuenta de que esto suscita una pregunta: ¿soy un católico practicante? Si por eso se entiende: «¿Eres uno que va habitualmente a la iglesia?», la respuesta es no. Sin embargo, desde que era un muchacho me he convencido de que la práctica no es algo que se da solamente en un edificio consagrado y en el curso de ciertos ritos desarrollados a una cierta hora del día. La práctica es algo que sucede fuera, siempre. Practicar, en verdad, es *toda cosa* que hagas, buena o mala, y reflexionar sobre ella. Este es el desafío. De todos modos, el consuelo y la profunda impresión del catolicismo cuando era muy joven ... diría que han sido siempre una *referencia*.

En cualquier caso, esta película suya, la elección de una novela como «Silencio», parece situarse en el cauce de la espiritualidad cristiana y del imaginario católico. Una película «a la Bernanos», en cierto sentido. ¿Qué piensa de eso?

Estoy de acuerdo sobre el hecho de que está en el cauce de la espiritualidad cristiana, pero no estoy seguro de concordar sobre la comparación con Bernanos. Para mí todo se reduce a la cuestión de la gracia. La gracia es algo que sucede en el curso de la vida. Viene cuando no te la esperas. Es verdad; lo estoy diciendo como alguien que nunca atravesó una guerra, o la tortura, o la ocupación. Nunca me he visto probado de esa manera. Desde luego, ha habido personas que han sido puestas a prueba, como Jacques Lusseyran, el líder ciego de la resistencia francesa, que fue enviado a Buchenwald y mantuvo vivo el espíritu de la resistencia entre sus compañeros prisioneros: en efecto, durante muchos años hemos intentado hacer una película basada en su diario, *Y hubo luz*. Y está Dietrich Bonhoeffer. Elie Wiesel y Primo Levi fueron capaces de encontrar un modo de ayudar a otros. No estoy diciendo que su ejemplo dé algún tipo de respuesta definitiva a la pregunta sobre dónde estaba Dios mientras tantos millones de personas eran masacradas sistemáticamente. Pero existieron, realizaron actos extraordinarios de coraje y de compasión, y los recordamos como luces en las tinieblas.

No es posible ver a través de la experiencia de otros, sino solamente a través de la propia. Por eso –y sé que podría parecer paradójico– entré en sintonía con la novela de Endo, que era

japonés, de una manera que no me sucedió nunca con Bernanos. En Bernanos hay algo muy duro, inexorablemente áspero; en Endo la ternura y la compasión están siempre presentes. Aun cuando los personajes no sepan que existen la ternura y la compasión, nosotros lo sabemos.

¿Quién es Dios para usted? ¿Es fuente de castigo y de abatimiento o es la fuente de la alegría y de la armonía? El papa Francisco habla de Dios como Misericordia. Quiere deshacerse de cualquier imagen de un Dios torturador y repudiarla... ¿Puede Dios ser acaso un torturador?

Esto me lleva de nuevo a Bernanos a través de Robert Bresson y de su adaptación de *Diario de un cura rural*. Vi esa película por primera vez a mediados de los años sesenta. Apenas había cumplido los veinte años y estaba creciendo, superando la idea que me había hecho del catolicismo cuando era niño. Como muchos niños, estaba oprimido y profundamente impresionado por el lado severo de Dios que se nos presentaba: el Dios que te castiga cuando haces algo malo, el Dios que truenas y lanza rayos. Es el Dios que Joyce esbozó en *Retrato del artista de adolescente*, otra obra que en aquella época tuvo un profundo efecto en mí.

Por supuesto, el país atravesaba un momento muy dramático. La situación en Vietnam iba empeorando, y acababa de ser declarada como «guerra santa». Por tanto, en mí, como en muchos otros, había mucha confusión, duda y tristeza que, precisamente, *estaba ahí*, era parte de la realidad de la vida cotidiana. Fue en esos tiempos cuando vi el filme de Bresson *Diario de un cura rural*, y me dio esperanza. Cada personaje de esa película, tal vez a excepción del viejo sacerdote, experimenta el sufrimiento. Cada personaje se siente castigado, y la mayor parte de ellos se infligen castigos uno al otro. En un momento determinado el sacerdote mantiene un diálogo con una de sus parroquianas y le dice: «Dios no es un torturador. Solo quiere que tengamos piedad de nosotros mismos». Y esto para mí constituyó una suerte de revelación. Era la clave. Porque, incluso mientras nosotros *sentimos* que Dios nos está castigando y torturando, si logramos darnos a nosotros mismos el tiempo y el espacio para reflexionar sobre eso, nos damos cuenta de que los únicos torturadores *somos nosotros*, y que es *hacia nosotros* hacia quienes debemos ser piadosos. Una vez me encontré con Bresson en París y tuve ocasión de decirle qué había significado para mí su película.

...

Después de «Toro salvaje» usted pensó ir a Roma y viajar para rodar documentales sobre la vida de los santos. ¿Es verdad? ¿Cómo le vino a la mente esta idea?

Sí, es verdad. En 1980 o 1981, inmediatamente después de haber terminado *Toro salvaje*, pensé en serio que sería mi último filme. Y en aquellos tiempos, a causa de las películas que Bertolucci y los Taviani habían hecho para la RAI, y en particular de los filmes históricos de Roberto Rossellini, pensé que la televisión era el futuro del cine. O, mejor dicho, la televisión *mezclada* con el cine. Una distracción, pero con un elemento de entretenimiento más profundo. Pero también películas que pudiesen de algún modo *enseñar*. Esta inspiración me venía de Rossellini. Él se refirió a esas películas como «filmes didácticos». De modo que pensé que la RAI se convertiría en el lugar apropiado para ponerme a explorar un tema que siempre me preocupó:

¿Qué es un santo? Mi idea era la de hacer una serie de películas sobre diversos santos, también sobre algunos santos que, tal vez, nunca existieron, que son solo figuras del folclore. Pero ¿de dónde vienen estas figuras? Esto nos lleva de nuevo a épocas anteriores a las judeocristianas. ¿Por qué se tiene la necesidad de este tipo de intercesión? ¿Por qué es san Cristóbal el patrono de los viajeros, de quien se descubre que nunca existió? Cuando viajamos estamos en peligro y, por tanto, se necesita algo o a alguien que nos proteja. Y no obstante, ¿qué decir de los *verdaderos* santos? ¿Qué relación tienen ellos con las personas, en general y desde el punto de vista espiritual?

¿Cómo es su vida cotidiana? ¿En qué consiste? Esto me lleva de nuevo a un libro que el padre Príncipe nos había dado, que hablaba de un san Francisco moderno: se titulaba *Mr. Blue*, de Myles Connolly, que escribió y produjo para el cine y la televisión. Procuraba mostrar que en el mundo moderno se puede vivir una vida buena no en el sentido material, sino en el sentido de la dignidad. Como Dorothy Day y lo que ella hizo con los *Catholic Workers*. El padre Príncipe la invitó a una *communion breakfast* para hablar a un pequeño grupo de ancianos. La pude entrever mientras se marchaba.

...

Dejando de lado «La última tentación de Cristo», ¿cuál es, según usted, la película que mejor retrata el verdadero rostro de Cristo en la historia del cine?

La mejor película sobre Cristo es para mí *El Evangelio según san Mateo*, de Pasolini. Cuando era joven quería hacer una versión contemporánea de la historia de Cristo ambientada en las casas populares y por las calles del centro de Nueva York. Pero cuando vi el filme de Pasolini comprendí que esa película ya había sido realizado.

...

Para usted hacer una película es como pintar un cuadro. La fotografía, las imágenes, tienen en este filme un valor determinado. ¿Cómo hace la fotografía para hacernos ver el espíritu?

Se crea una atmósfera a través de la imagen. Se nos coloca en un ambiente donde se puede sentir la alteridad. Y son estas las imágenes, las ideas y las emociones que se extraen del cine. Hay ciertas cosas intangibles que, simplemente, las palabras no pueden expresar. Por tanto, en el cine, cuando se monta una imagen junto a otra, se obtiene en la mente una tercera imagen completamente distinta: una sensación y una impresión, una idea. Por tanto, pienso que el ambiente que se crea es una cosa y que esto tiene que ver con la fotografía. Pero es en la conjugación de las imágenes donde la película nos captura y nos habla. Es el *editing*, es la acción de hacer cine.

...

Me encontré con Martín Scorsese y con su esposa Helen una vez más, el 28 de noviembre, antes de tomar mi avión para Seúl. Él me preguntó: «Mañana me encontraré con los jesuitas para la proyección del filme. ¿Qué puedo decir?». Yo le sugerí que hablara de su experiencia de esta película, del modo en que lo vivió interiormente: no solo los motivos de la elección, sino también los sentimientos que lo acompañaron, el «pozo» profundo del que ha surgido. Este mismo pozo al cual yo mismo había descendido al escuchar sus palabras a lo largo de esta conversación.